

Concurso de Relatos Breves del COPBi
Modalidad Castellano
Título: Vía Láctea
Autor: Lafleur

VÍA LÁCTEA

Estoy sentado en una de las veintitrés sillas, las he contado, que están distribuidas aleatoriamente por la sala. Mato el tiempo esperando a que empiece la terapia de grupo y me como unas pipas a escondidas. Llevo mi pijama *beige* jaspeado, como todos, y con las pantuflas que me trajo mi madre el primer día, pónelas hijo que en estos sitios hay muchos cambios de temperatura. No es cierto, desde que llegué, llevo cinco meses aquí metido, el calor ha sido sofocante, tengo la espalda y el interior de los muslos permanentemente húmedos de sudor. Deben pensar que abrasando nuestras neuronas lograrán cambios en nuestra conducta. Los celadores, enfermeras, médicos, psiquiatras y psicólogos no llevan pijama. Van con unas relucientes batas blancas, a juego con todo lo demás. El brillo de las barandillas, las paredes blanco nuclear, las puertas, el suelo, los barrotes, todo es de un blanco perfecto y puro, como un triunfo de la razón humana sobre la locura siempre oscura y turbia. Cada semana viene el hombre de mantenimiento, él va de verde, y se dedica a pintar y reparar cada desperfecto que ve. Las de la limpieza, de azul, pasan cada mañana, vacían las papeleras y se llevan cada papel, *blíster*, peladura, colillas y lata de refresco que quede en el suelo. Yo dejo caer alguna pipa para comprobar al día siguiente si la han recogido. Mi abuela y yo dejábamos nueces bajo los armarios para ver si “la chica” barría, buenos tiempos. Tengo sentado a mi derecha a mi compañero de habitación, un tipo que no puede parar de comer y me está robando pipas ajeno al triunfal y níveo ambiente en el que estamos. A él le da igual todo lo que no sea meterse algo a la boca. Un día pidió una pastilla que le hiciera recuperar el apetito después de haber pasado la tarde zampándose unos pasteles que su madre le había traído de contrabando. El pobre estaba descompuesto, tocaba cenar y no tenía hambre. Le he cogido cariño. Es el mismo que pedía una pastilla para eliminar todos los efectos secundarios, o no, del resto de pastillas que se tomaba al día, quince en total contando la opcional de rescate sólo para emergencias y crisis graves que pedía puntualmente al mediodía.

Yo acabo de tomar mi medicación. Nos la reparte una sonriente enfermera que va por la sala llamándote a gritos. Me aterrera. Con la rigurosa amabilidad de un verdugo te invita a abrir la boca para ver que efectivamente la medicación ha iniciado su viaje por todos tus circuitos internos. Es entonces cuando vuelve a la sonrisa inmaculada y empieza a hablarte sobre lo *feliz* que tienes que ser en este sitio porque no tienes que preocuparte de nada y puedes descansar *de verdad*. Que ella sí que tiene problemas con su marido que es un vago y que me calme. Hace tiempo que ya no me enseñan a relajarme, ahora me lo ordenan, ellos se encargan de que permitas que eliminen tu pensamiento y tu detestable conciencia para que *descansas* de una santa vez. Y si no, te empiezan a caer “consecuencias terapéuticas” que como llaman a los castigos. Tuve un compañero que aprendió a disimular su desesperación porque sabía que si contaba cómo estaba de verdad, acabaría en la sala de “contención”, osea cama con correas, o le calzarían un TEC, sesos en tempura, o algo peor. Aguantó un tiempo y sonreía bobaliconamente cada vez que se le acercaba un médico. Babeaba y todo, pero eso no era problema. Un día, cuando otro paciente le robó el tabaco ya no pudo más y saltó sobre él. Mientras le rompía la cara, intentaba sonreír como que no pasaba nada, lo que sin duda agravó el diagnóstico de la situación. Hace meses que no sé nada de él.

Va a empezar la terapia de grupo y voy memorizando los lemas que hay en carteles por todas partes, incluso en los folletos publicitarios de la clínica. PIENSA EN POSITIVO; A VECES SE GANA, OTRAS SE APRENDE; APRENDE DEL PASADO, VIVE EN EL PRESENTE Y TRABAJA PARA EL FUTURO; NO MÁS EXCUSAS. Cosas así. Hace calor. Entra el médico que lleva el grupo, un hombre bajito, con pelo fino escaso, algo graso, orejas pobladas y con su reluciente bata blanca, casi una perla. Tiene un rictus de felicidad que no abandona en toda la hora de grupo. Colocamos las sillas a su alrededor animados por las palmas de un par de enfermeras, formando un ectoplasma ovalado perfecto, hay un círculo enorme color salmón dibujado en el suelo que nos sirve de guía para poner las sillas. Formamos la órbita celeste del Bata Blanca. Pienso en la Vía Láctea. Uno a uno, por turno, vamos enumerando las cosas que queremos mejorar. Cuando alguien se salta el turno, habla mal de su familia o algo así, el doctor, sin abandonar la sonrisa, nos recoloca y nos saca esas ideas “exageradas e irracionales” de la cabeza con otras más positivas y optimistas. Hay un momento en el que deseo romperle la silla en la cabeza. Es un momento fugaz pero cargado de energía, como un rayo de sol que se filtra por las persianas y se refleja en un espejo. La habitación se ilumina y puedo ver todos los colores, me doy cuenta de que estoy vivo y que deseo borrarle esa sonrisa de la cara a ese hombre que día tras día se desliza por el grupo diciendo las mismas chorradas. Decido calmarme, vuelve la penumbra, una blancura mortal y tiro otra pipa al suelo lechoso. A ver si la recogen para mañana. Es mi turno. Recito, entono muy resuelto, que mi problema no es el problema, que el problema es mi actitud frente a ese problema. Todos asienten en un silencio narcótico. El médico está tentado de decirme que eso lo he leído en el tríptico de publicidad de la clínica, se lo noto porque se le arrugan los labios y me mira entornando los ojos durante un instante. Tras un breve cálculo, el médico asiente satisfecho y continúa su charla sobre la importancia de ser feliz y de ir por el buen camino. Esa noche, en lugar de tres pastillas, la enfermera me dispensa cuatro, deberías estar más relajado estando en un sitio tan especial, te notamos tenso, nosotros te ayudaremos a mejorar *esa* actitud, me dice. Trago las píldoras, una amarilla, dos blancas y otra bicolor, verde y azul cobalto. Ensayo una sonrisa bobalicona y tiro otra pipa al suelo nevado.